

Convivencia cultural y retornos familiares: una imagen no conflictiva de la Argentina en crisis.

MARIELA COUDANNES

Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe

El abrazo partido (Argentina, 2003). Dirección: Daniel Burman. Guión: Daniel Burman y Marcelo Birmajer.

En Argentina, la identidad de la clase media se ha edificado sobre la herencia inmigrante europea como uno de sus componentes principales. La construcción de la “argentinidad” es problemática; la definición de la identidad nacional se percibe como una eterna búsqueda.

La profunda recesión económica presente ya en los últimos años del menemismo, la ausencia de cambios en el rumbo de la política económica por parte del gobierno del presidente De la Rúa, y el consiguiente aumento de la conflictividad que culminó en estallido social (saqueos y “cacerolazos”, represión y caída del gobierno nacional en diciembre de 2001), fueron una experiencia traumática para la clase media, que perdió así su capacidad de consumo y sufrió la expropiación de sus ahorros. La vivencia de la crisis agudizó la añoranza de una Europa con rango mítico—la oportunidad de recuperar el estatus perdido— y la convirtió en el destino “natural” del éxodo de los jóvenes de la clase media en decadencia.

Éste es el punto de partida de las historias que se relatan en *El abrazo partido*. El protagonista, Ariel Makaroff, un joven judío que ayuda a su madre en un negocio de lencería en el barrio de Once, no se distingue a primera vista de otros tantos jóvenes que acuden a las embajadas. Obtener el pasaporte polaco y convertirse en europeo constituyen para él una obsesión. Las causas de esta

imperiosa necesidad de escape, de salvación individual que adquiere dimensiones masivas, no se abordan en la película. Los personajes se adaptan a la realidad social circundante, no la cuestionan, se refugian en la galería donde se resguardan ciertos valores con los que los espectadores pueden llegar a identificarse (familia, solidaridad, cultura del trabajo, austeridad). Estos valores aparecieron en algunos discursos sociales de la etapa pos-De la Rúa como apropiados para “refundar” la nación en época de caos social. El desarrollo de la película lo confirma; termina relativizando cualquier motivo de huida que exceda al drama familiar de su personaje principal. Los problemas personales de Ariel se deben exclusivamente al abandono del padre, que partió hacia Israel para pelear en la guerra de Yom Kippur y vivir en un *kibutz*.

En ciertos momentos claves del filme se expresa la creencia de que en Argentina no existe la discriminación y el racismo, que se toleran las particularidades de los grupos inmigrantes. Este punto de vista está cercano a los planteos multiculturalistas que ignoran los rasgos concretos de las distintas identidades y velan también el conflicto de clases. “La Babel”, el nombre de una zapatería cercana, se convierte en una metáfora efectiva de esa convivencia. Los miembros de la galería deben funcionar como “comunidad organizada”, de una manera que hace recordar las antiguas asociaciones de ayuda mutua. Sin embargo, es evidente la explotación de bolivianos, peruanos y paraguayos. La presencia del representante del gremio de los changarines no es bienvenida, podría alterar el orden de las cosas en el seno de esa pequeña comunidad aparentemente igualitaria. Subyace la idea de que la politización es la “causa” del conflicto social. Las “minorías visibles” de los países limítrofes, subordinadas económica y socialmente, son objeto de un trato paternalista. Los coreanos están en mejores condiciones económicas de integrarse a esa comunidad, pero la no comprensión del idioma los excluye de la toma de decisiones. El respeto por la diferencia cultural que se proclama en la película se contradice con la visión indiferenciada de sus identidades: no interesa el apellido ni el origen de “Ramón”, tampoco el nombre de “el peruano”, los coreanos pueden ser confundidos con chinos por sus similitudes de rasgos físicos.

La tensión entre tradición y cambio en el plano de las identidades es otro aspecto central. La relación del personaje principal con su condición de judío (cuestionada por el abandono del padre) expresa las ambivalencias y matices de la identidad de la “comunidad”. Ésta no constituye un todo homogéneo, es dinámica en el tiempo y en el espacio, admite distintas formas de vivir y relacionarse con la religión (practicantes y laicos, viejos y jóvenes, rabinos y comerciantes, etc.) que deben respetarse. Sin embargo, la perspectiva de Ariel sobre las relaciones es conservadora (“las cosas cambian pero las relaciones

no, son absolutas”). La estabilidad de las relaciones como valor refuerza una propuesta limitada de reconstrucción social.

La memoria histórica encuentra un lugar de reivindicación en la figura de la abuela sobreviviente del holocausto –la necesidad de recordar es un componente fundamental de la identidad judía– pero sigue siendo el patrimonio de una cultura particular, no trasciende a una visión más amplia de la sociedad y sus problemas. La participación política y la búsqueda de alternativas colectivas tampoco admiten ser contextualizadas, y por lo tanto dejan de ser relevantes. Imágenes no conflictivas de la “argentinidad” como las que se ofrecen en *El abrazo partido* soslayan miradas críticas sobre su devenir como nación.